Antón Costas

Y la razón venció al miedo

La pasada semana será una fecha señalada en la historia reciente de la Unión Europea y del euro. Dos hechos de naturaleza distinta, uno económico y otro político, pero ambos importantes, pueden ser vistos como señales de que algo se mueve en Europa, y que la zona euro puede ir más allá de su actual lógica suicida.

Uno es la decisión del Banco Central Europeo (BCE) de dar un paso adelante muy importante para convertirse en un banco central como Dios manda. El otro es la decisión de los votantes griegos de dar a Alexis Tsipras, el líder de Syriza, los votos necesarios para gobernar y sacar a Grecia de la situación de postración en la que se encuentra.

Ambas decisiones son, a mi juicio, manifestaciones de que, al fin, la razón económica y la razón política están venciendo al miedo al cambio en Europa.

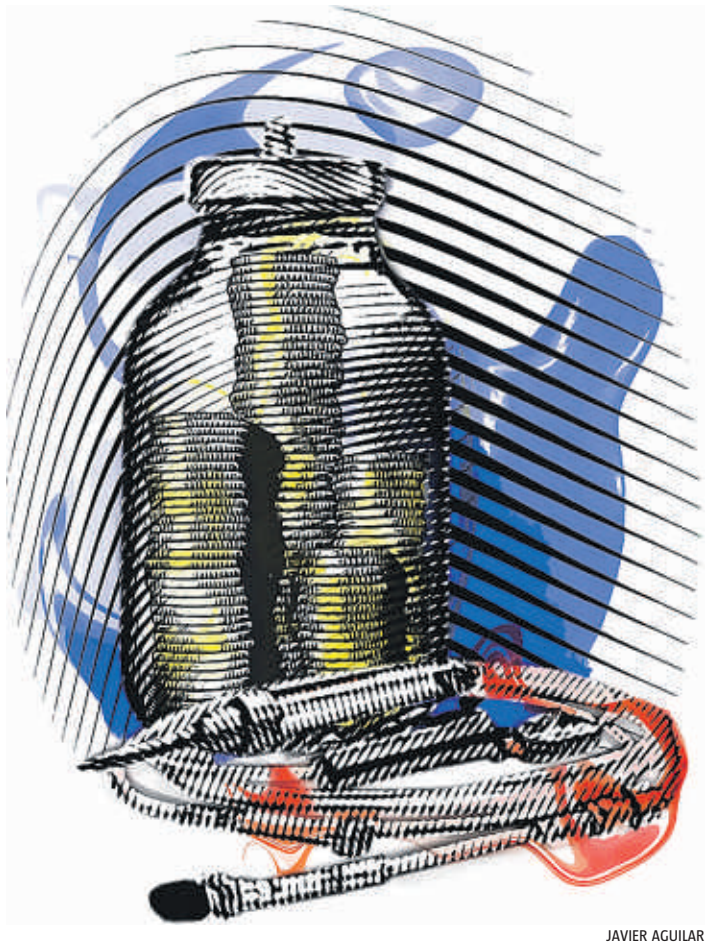
Aunque tiempo habrá para comentar con más detenimiento la significación, los detalles y los posibles resultados, una primera valoración es que el BCE ha dado un paso esencial para convertirse en un verdadero banco central. Es decir, un banco central al servicio del interés general de los países y la economía de la eurozona.

Para entendernos, permítanme utilizar una metáfora. Un verdadero banco central es para la economía de un país lo que un banco de sangre es para un hospital que se enfrenta a una pandemia: debe tener la capacidad y la voluntad de hacer las transfusiones de sangre necesarias para salvar a los pacientes. Pero, siguiendo con la metáfora, el BCE ha actuado hasta ahora como un banco de sangre gestionado por testigos de Jehová a los que su religión monetaria no les permitía hacer transfusiones de sangre.

Con la decisión de comprar deuda pública y privada el BCE ha cambiado de religión. La razón económica se ha impuesto sobre las creencias económicas cuasi religiosas que le impedían hasta ahora salir al rescate de la economía europea.

La decisión es un paso muy importante en el compromiso del BCE con Europa. Pero aún así no despeja todas las dudas acerca de la posibilidad de que se pueda producir un *default* soberano en la zona euro; es decir, que pueda producirse un impago de la deuda por parte de algún Estado. Pero tiempo habrá para comentar este y otros aspectos de la decisión del Banco Central Europeo.

La otra decisión esperanzadora son las noticias que llegan de Grecia. Cuando escribo, aún no se conocen los resultados definitivos del recuento. Pero el triunfo electoral de la coalición que lidera Alexis Tsipras es claro, rotundo e incuestionable.



JAVIER AGUILAR

¿Es esta victoria electoral la confirmación de que los ciudadanos griegos se han dejado llevar por la indignación y la revancha, como algunos temían en Europa? El tiempo lo dirá. Pero tengo para mí, que esta decisión es también una señal del triunfo de la razón política sobre el miedo al cambio económico. Un acto de lucidez democrática de los ciudadanos griegos, que puede beneficiar a Grecia y a Europa.

¿Cómo podría argumentar mi visión esperanzadora? Quizá valga un ejemplo de nuestra propia historia. Fue la victoria electoral en diciembre de 1982 de un joven líder político español de izquierdas, Felipe González; y la de un partido, el PSOE, sin experiencia previa de gobierno. A priori, el triunfo electoral socialista producía temor a los mercados y a la Comunidad Económica Europea. Y con razón, ya que el programa electoral del PSOE defendía cosas como la nacionalización de los bancos o un programa de expansión del gasto público que amenazaba con intensificar aún más los desequilibrios que tenía la economía española.

Pero, las cosas fueron por otro camino. Fue un gobierno profundamente reformista, que consiguió sanear la economía, ponerla en una senda de crecimiento e incorporar a España a la Comunidad Económica Europea. De forma mayoritaria, los españoles apoyaron aquel cambio. No negaban la realidad, ni se oponían a las reformas necesarias para salir adelante. Pero querían que la búsqueda del equilibrio presupuestario y de la eficiencia económica fuese compatible con la equidad en el esfuerzo y en el reparto de los resultados de ese esfuerzo.

Salvando todas las diferencias, de tiempo, de lugar y de circunstancias, hay una lección de esa experiencia española que puede ser de interés ahora para Grecia y Europa. Las reformas sólo son eficaces y sostenibles cuando responden a la voluntad de la sociedad de llevarlas adelante. La idea de reformas impuestas desde fuera, por los mercados o por los organismos internacionales, no funciona. Si las élites del país dimiten de su responsabilidad de liderar el cambio, las sociedades se revelan.

Desde Europa se debe apoyar al nuevo gobierno griego. Hay que evitar comportamientos revanchistas. Va en beneficio de ambos. El cambio de política del Banco Central Europeo va en ese sentido. La democracia ha dado una nueva oportunidad a Grecia y Europa para enderezar el rumbo. La razón económica y política ha vencido al miedo al cambio. Es una buena noticia.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

¿De qué van?

Participo de la perplejidad que expresó Antoni Bassas en su vídeo-editorial y que concluía con un severo tirón de orejas a ERC por obligar al president Mas a comparecer en la comisión Pujol, con el único objetivo de ganar unos minutos en el *Telenotícies*. También afeaba la intención de CiU de hacer lo propio con el exconseller Huguet, y el resultado final era una crítica a lo que él considera "formas de la vieja política", incomprensibles entre dos aliados que quieren conducir el país hacia la independencia.

No sólo participo de esta convicción sino que creo necesario ahondar en un aspecto central de su crítica: la vieja política. Ciertamente, la decisión de ERC, que ha ido deshojando la margarita de Mas como si fuera un capricho, no tiene otro valor que el de querer sacar rédito electoral. Sabemos perfectamente que este tipo de comisiones parlamentarias son un divertimento periodístico que regala minutos de televisión a los eventuales fiscales, pero sin ningún valor "investigador". ¿Qué pretende, pues, ERC poniendo bajo los focos al propio president, y más en un momento tan delicado para el país? Cabe pensar, primero, que pretende sacar pecho, hacerse perdonar los acuerdos con el Govern y conseguir unas palmaditas por el lado izquierdo, ese mismo que le ríe todas las gracias pero cree que lo de la independencia es una desgracia. Por cierto, empieza a ser una pauta esto de Esquerra de darle un coscorrón a CiU cada vez que llega a algún acuerdo. Lo segundo que pretende es, sin duda, poner bajo sospecha al mismo president con el que quiere alcanzar un acuerdo programático para un proceso histórico en Catalunya, lo cual es alucinante. Quizás los republicanos creen que, si debilitan a Mas, ellos serán más fuertes, pero entonces no han entendido nada y, como dice Bassas, practican una vieja política para un momento nuevo. ¿O creen que culminarán solos el proceso? Porque al final resulta que tenemos un president que se ha convertido en la pieza a batir de todo un estado, hasta el punto de degradarlo, desprestigiarlo, imputarlo e intentar inhabilitarlo. Y, en plena batida general, van los aliados republicanos y le azuzan los perros. Perdonen, pero lo de ERC empieza a ser un deplorable fuego amigo. Y si esto va a ser así a partir de ahora, el camino hasta septiembre puede ser un rosario de espinas, porque lo que no es posible es aceptar el baile y luego dedicarse a pisar a la pareja. O ERC entiende que este proceso está en fase final y que no se culminará con acciones cortoplacistas de puro cainismo electoral, o mejor paramos el invento aquí mismo. Basta ya de jueguecitos, frivolidades y poca seriedad. Porque se puede entender que el Estado al completo, y los partidos contrarios al proceso, quieran destruir políticamente a Artur Mas. Pero lo que es incomprensible es que ERC les abra la puerta por dentro para que rematen la faena.●

> En plena batida general del Estado contra Mas, van los aliados republicanos y le azuzan los perros

Rafael Andreu y Josep M. Rosanas

¿Y la competitividad?

Leemos que el Ministerio de Agricultura, en una primera versión de un presunto código de buenas prácticas mercantiles en la contratación alimentaria, envía a productores, industria y distribuidores un texto legal en el que exige que "el posicionamiento" de los productos en los lineales se ajuste a criterios de "igualdad". Y añade que la asignación de espacio de los productos en los lineales se ajustará a criterios "no discriminatorios", buscando que los distribuidores no puedan favorecer sus marcas blancas frente al resto, y evitar que una marca de mucho peso exija desplazar a algún competidor. También se sopesa la posibilidad de que la distribución no pueda regalar alimentos en sus promociones.

Todo ello supone una clara intromisión en el funcionamiento competitivo de más de uno de los sectores involucrados, lo que, aparte de presentar dificultades de implantación, acabaría siendo contraproducente.

Dejemos aparte el que los criterios específicos por los que se aquilatará esa *igualdad* pueden ser muy arbitrarios y de difícil aplicación: *igual* puede significar la misma altura, la misma longitud, la misma iluminación, la misma distancia a cajas... Imposible. Pero es que esta medida imposibilita al distribuidor tener una estrategia de producto. ¿No puede legítimamente un distribuidor tener una política de vender sólo un par de marcas (por ejemplo, una de calidad y una de precio más asequible), discriminando contra las demás por razones comerciales y financieras? Si eso no puede hacerse, estamos perdidos. Al final, por esta vía, ¿cómo se desarrollará la competitividad de los comercios, si prácticamente deberán ser todos iguales? Los productores se adocenarán, sabrán que no les sale a cuenta hacer un producto *diferente* si va a ser tratado como uno más. ¿No quedamos en que eso de la competitividad era importante? ¿Con esta base pretenderemos luego exportar productos?

Lo malo es que todo eso ya está pensado y sabemos que la ultrarregulación no funciona. Pero alguien se empeña en hacerlo. ¿Será por incompetencia o por hacerle un favor a un amigo? Porque si quieren ocuparse de este tipo de problemas, podrían imitar a EE.UU. y hacer leyes (*truth in advertising laws*) que prohíban hacer afirmaciones en el envoltorio y/o en los anuncios que no sean una verdad demostrable. Eso sí merecería la pena.●

R. ANDREU y J. M. ROSANAS, *profesores del Iese*